este sabio, cuyo nombre no puedo pronunciar yo sin estremecerme de respeto y amor. La vida de ningun mortal fué tan noble como la suya, y esta vida tan bella fué coronada por una muerte más bella todavía. Este sabio, á quien desde mi más tierna juventud reverencio como se reverencia á los dioses, se ha dignado aparecérseme, y me ha dicho: «Vengo de las lejanas regiones que, más allá del sepulcro, «se extienden hasta lo infinito. Cesa de admirarme: alzán«dome sobre las nubes de una vana sabiduría, llegué á «extraviarme. La Divinidad no es como yo la comprendí, «ni menos se parece á los dioses que adorais, cuando os «prosternais al pié de los altares erigidos por una ciega «credulidad. Yo no puedo descubrirte los secretos de esa «Divinidad sublime; pero á lo menos te conduciré á las «primeras gradas de su templo. Acaso tu alma piadosa me«rezca esta gracia; tal vez seas introducida en el santua«rio antes de que expire este dia, dia de gloria y felicidad, «señalado para el cumplimiento de una grande obra. Escucha «lo que me es permitido decirte: Yo no he sido destinado al «lugar del dolor y de las lágrimas. Sin embargo, más allá «de la tumba no hay Campos Elíseos, no hay rio ninguno «que pasar en una frágil barca, no hay jueces infernales: «estas no son más que engañosas ilusiones. El error encen«dió las pálidas estrellas del Elíseo, y creó el tribunal del «negro Tártaro. La antorcha de la verdad mantiene los eter«nos soles, en medio de los cuales se sienta el Juez del Uni«verso. Una justicia inmutable pesa todas las acciones. ¡Ah! «¡cuán ligeras son, en el platillo de la balanza que les opone «las recompensas eternas, las virtudes que los hombres «exaltan en la Tierra! Solo el mal es pesado; pero el perdon «pesa tambien. Sí, querida Porcia: ante el Señor equitativo «que regula nuestro destino en la inmortalidad, hay pocos



«que merezcan recompensas; pero hay muchos que hallan «gracia. Yo tambien he hallado gracia; porque mi corazon «á lo menos habia buscado y deseado sinceramente el bien. «¡Ah! ¡cuán diferente es de la imágen que nosotros hemos «soñado, el mundo cuyas puertas se nos abren cuando la «urna sepulcral recibe nuestras cenizas! Allí, esa Roma «tan poderosa, que hace temblar al Universo, no es más «que un imperceptible hormiguero; y una lágrima, una «sola, cuando una piedad sincera la hace correr, vale más «que todos los mundos reunidos. ¡Que una lágrima de estas «humedezca tus ojos, oh Porcia!... Los espíritus celestiales «celebran un santo misterio: yo no puedo penetrar las tinie«blas que lo envuelven; pero sé que en este momento hay «un justo que sufre más que ningun mortal ha sufrido «jamás. Si da así un ejemplo sublime de humildad ante «Dios, de obediencia á su voluntad, es por amor á los hom«bres, él que es más que un hombre..... Tú le has visto; «Pilato le juzga..... Si la Tierra llega á empaparse con la «sangre de este justo, ¡ay entonces! ¡ay de los que la hagan «correr!» A estas palabras, Sócrates desapareció; pero desde el fondo de una tenebrosa lejanía, su voz llega aun á mí, y me dice: «¡Mira!» Y miro... ¡Oh María! ¡qué espectáculo tan horrible se ofrece á mis ojos! Por todas partes tumbas, y densas nubes que desde lo alto de los Cielos venian á fijarse en estas tumbas. De repente se desgarran esas nubes, dejando ver un hombre que iba cubierto de sangre... Otros hombres salian de las tumbas, y levantaban los brazos hácia el divino viajero. Todos estaban cubiertos de heridas, de las que corria la sangre á borbotones; la Tierra se la tragaba estremeciéndose, y parecia compadecer á aquellos hombres que sufrian con un valor sobrenatural. Después el huracan, con su destructor aliento y sus largas alas negras y erizadas

de guadañas, se lanzó desde un punto del horizonte en que brillaba un fuego siniestro, y muy luego cubrió este cuadro el velo de una lóbrega noche, desgarrado por gritos de desesperacion... Así ha terminado mi sueño.»

Porcia calla: María eleva los ojos al Cielo, y mirando luego á la noble romana, dice:

—«¿Qué he de contestarte, oh Porcia? Para mí es tambien incomprensible tu sueño; pero conozco que te ennoblece, que te acerca al Cielo. Seres superiores á la especie humana, ángeles, se disponen sin duda á iluminar tu espíritu. La esperanza sola de que ellos puedan hablarte deberia bastar para que yo guardara un silencio respetuoso: sin embargo, me atreveré á decirte sobre la Divinidad lo que mi débil razon ha podido comprender. Esa Divinidad, que con una mirada sacó de la nada millares de mundos, y manda al frágil gérmen de un tallo de yerba atravesar la tierra que pesa sobre él como los monumentos de mármol sobre los cadáveres de los reyes; esa Divinidad, que arrojó al hombre sobre la Tierra, donde la alegría es tan engañosa como el dolor, á fin de que el alma no olvide nunca que más allá del sepulcro comienza el reino de la justicia y de la virtud, esa Divinidad se llama Jehová, creador y Juez del Universo. Es el Dios de Adam, el primero de los hombres; es el Dios de sus hijos; es el Dios de Abraham su descendiente y nuestro padre. A pesar del orgullo de nuestros doctores, la manera como este Dios quiere ser adorado es todavía un misterio; pero ha prometido revelárnoslo un dia, y esta santa promesa se cumplirá hoy por Jesús, por ese gran profeta, por ese mediador divino, á quien no puedo llamar mi hijo sin que santos terrores y felicidades desconocidas me estremezcan. En mi seno debia desarrollarse á la vida humana, y Jesús es el nombre que debia llevar



entre nosotros. Esto es lo que me fué dicho por los inmortales que vinieron á visitarme. Estos inmortales que nosotros llamamos ángeles, son seres creados como nosotros; y sin embargo, al lado de ellos, los dioses de la Grecia y de tu poderosa patria no serian más que míseros mortales. Legiones enteras de esos ángeles sublimes vinieron á cantar al Niño de Bethlem, cuando una madre pobre y mortal lo dió á luz bajo el humilde asilo que una fria conmiseracion le concediera.»

A cada palabra de María el corazon de Porcia se eleva á regiones más altas y puras; luego la ilustre pagana se prosterna y adora con el pensamiento al Eterno, cuyo nombre no osa todavía pronunciar.

Reanimada después por una dulce esperanza, se levanta, mira sonriendo á la madre divina, y le dice en voz baja:

—«Tranquilízate; tu hijo no puede morir.»

—«¡Ay! exclama la madre: morirá; él mismo lo ha dicho. Este secreto terrible para mí y para todos los que le aman, destroza mi corazon y martiriza mi alma. Tus dulces palabras ¡oh Porcia! han aliviado un instante las heridas de mi pecho; pero ya mana de ellas otra vez la sangre. ¡Ay! tú no puedes hacer ya nada por mí. Sin embargo, yo te bendigo..... ¡Que el Dios de Abraham te bendiga tambien!..... Desvia tus ojos inundados de lágrimas: tú no podrias consolarme..... Mi hijo quiere morir, y morirá.»

Abrumada bajo el peso de su inmenso dolor, María permanece muda y temblorosa.

Porcia le tiende los brazos, y exclama sollozando:

—«Déjame seguirte, madre divina: quiero llorar contigo sobre el sepulcro de tu hijo.»

Prevenido de la decision de Pilato, que le envia el profeta

de Galilea, á quien no ha osado condenar, Herodes se sienta en su trono, sonrie á sus cortesanos, y dice:

—«¡Qué dia tan memorable! Ese Jesús cuya palabra sana los enfermos y resucita los muertos, permite que se le traiga ante un juez mortal. En verdad, mi sorpresa es igual á la vuestra.»

Y temiendo dejar ver el orgullo que hinchaba su corazon al pensar en que el hombre que pasaba por el más grande de los profetas iba á venir á prosternarse ante su trono, guarda un prudente silencio; pero continúa hablando consigo mismo de este modo:

—«Soy su juez; le mandaré obrar en mi presencia algun milagro... ¿Y si me obedece?... Los milagros son imposibles; y aun cuando no lo fueran para él, yo tendria á lo menos la gloria de haberle reducido á mi obediencia. Si lo maravilloso está por encima de su poder, no dejará él de ser el famoso rebelde que el Pueblo ha proclamado rey, y le veré pálido y tembloroso buscar su sentencia en mis ojos.»

Un confuso ruido le distrae luego de sus pensamientos: los sacerdotes acaban de entrar en el salon del trono; pero Jesús está aun en medio del pueblo, cuyo numero aumenta á cada paso. La multitud le rodea y le oprime; gritos de sorpresa y de dolor, sollozos, bendiciones y anatemas resuenan por do quiera. El Hijo del hombre atraviesa las turbas con esa tranquilidad sublime que el espíritu humano puede admirar, pero que no le es dado tener. Los discípulos, una parte de los *setenta* escogidos y todas las piadosas amigas de Jesús procuran llegar hasta él. Unicamente la hermana de Lázaro no está entre las santas mujeres: la enfermedad cuyo gérmen lleva en el seno desde hace mucho tiempo, la retiene en el lecho del dolor; y sin embargo, en este momento padece menos que sus compañeras.



Jesús ve las augustias de los suyos, pero ve al mismo tiempo los celestiales consuelos que los esperan en un porvenir no lejano, y cuenta ya sus lágrimas de alegria, mientras que la desesperacion desgarra sus corazones.

Persuadidos de que sufririan menos si pudieran oir la voz de su maestro, tocar un paño de sus vestidos, redoblan sus esfuerzos para aproximarse á él; pero el movimiento de la multitud los desvia y aleja siempre más. Pedro, cuyos remordimientos han agotado sus fuerzas, se abandona al mayor abatimiento.

Bruscamente separada de sus compañeras, Magdalena solicita la asistencia de un desgraciado á quien Jesús habia vuelto la vista, y que se hallaba cerca de ella.

—«Si te acuerdas todavía, le dice, de la hora en que el divino maestro abrió tus ojos á la luz, préstame el apoyo de tu brazo para ver de llegar á su lado hendiendo esta curiosa muchedumbre.»

Y el desgraciado procura en vano dar á la amiga de su bienhechor el consuelo que él mismo desea ardientemente.

Juan se ha detenido en una altura, desde donde puede seguir con la vista á Jesús: le mira, gime y ora.

Lebbeo sostiene los vacilantes pasos de la madre de los Zebedeos, y le dice:

—«Mira al Cielo con ojos de gratitud: eres una madre dichosa, pues á lo menos viven tus hijos; pero María..... María está viendo arrastrar ante sus asesinos al justo que nació de ella. ¡Infortunada madre! mi corazon comprende todo lo que debe sufrir. Y tú, ángel exterminador, si no eres tan inflexible como tu espada, ten piedad de la más desgraciada de las madres: no la reduzcas á presenciar el suplicio de su hijo.»

Mientras los amigos de Jesús se abandonan así á su justo

dolor, el divino acusado pasa el pórtico del palacio de Herodes: sus enemigos le conducen al pié del trono, á la manera que los espíritus audaces, extraviados por el vértigo del orgullo, citan la justicia divina ante el tribunal de su débil razon, que ni aun puede sondear los misterios del polvo de la Tierra.

A la vista del Mesías, Herodes queda mudo de sorpresa; pues no esperaba ver en Jesús tanta calma y dignidad. El orgullo domina al fin su admiracion, y la expresion de su semblante viene á ser cada vez más irónica é insultante.

—«El ruido de tus prodigios, gran profeta, resuena en todos los paises de la Tierra, le dice con venenoso sarcasmo; pero la voz de la fama suele ser más ruidosa que justa. Ilumina mi juicio; haz brillar ante mis ojos tu poder, que acaso supere á lo que la fama pregona. No veas en esta invitacion una duda ofensiva, no: si deseo ser testigo de alguno de tus milagros, es solo con el fin de admirarte. Dices que has existido antes que Abraham. Eres, pues, más grande que Moisés; y pidiéndote prodigios superiores á los suyos, te pruebo que sé apreciar tu mérito. Sí, quiero que se manifieste ahora mismo en todo su esplendor. ¿Te embaraza por ventura la eleccion de los hechos con que has de confundir á tus enemigos? Voy, pues, á indicarte algunos que acaso no creerás inferiores á tu alta dignidad. Mira: la cima del Mória eleva á las nubes el dorado pináculo del templo.... Dile que se incline ante tí. Bajo las bóvedas de ese mismo templo duermen los restos del gran David. ¡Cuál no seria la dicha de este santo rey, si pudiera ver la Jerusalem de sus descendientes, y cuál nuestra alegria, si le viéramos ahora aparecer! Dile que salga de su sepulcro, y venga á sentarse en mi trono.... ¡Guardas silencio! Sin duda prefieres imponer tus leyes al Jordan. En



hora buena: manda al sagrado rio que deje su antiguo lecho, que venga á bañar los muros de Jerusalem, que proteja las torres de esta gran ciudad, y que remonte tranquilamente hácia Genezareth (1); ó bien haz que vuelen por los aires las montañas, y que después de haber cubierto con sus viajeras sombras á los pueblos estupefactos, vengan á sentarse sobre la verde corona del monte de las Olivas... ¿Aun permaneces mudo?»

Así habla Herodes. Este príncipe ciego no podria comprender que las más altas montañas de la Tierra, como los reyes más poderosos del mundo, no son más que vil polvo y fango vil ante el profeta á quien desafia con tan sarcástica ironía. Esta ironía está próxima á estallar en cólera, y y Herodes repite con voz agitada:

—«¡Aun permaneces mudo!»

Jesús le dirige una mirada tranquila y majestuosa, y no le contesta.

El Príncipe se levanta fuera de sí; sus ojos despiden rayos de cólera; pero ni una palabra se escapa de sus lábios trémulos.

Caifás se apresura á dirigirle la palabra.

—«Acabas de convencerte por tí mismo ¡oh rey Herodes! de la impotencia de este falso profeta. El pueblo, y aun algunos de nuestros sacerdotes creian en sus milagros: tú se los has exigido, y ya le ves aniquilado. La impostura y la mágia: hé aquí toda su ciencia. Ahora ya lo sabeis todos: el hombre que se levanta contra la ley de Moisés, el hombre que quiere destruir el sacerdocio instituido por Aaron,

(1) El Jordan toma orígen al pié de una montaña de la cadena del Antilíbano, en una caverna llamada *Phiala*. Después de muchos rodeos, atraviesa el lago de Genezareth ó de Galilea, y desemboca en el mar Muerto. Herodes exige, pues, al Mesías que haga retroceder al rio hácia su orígen.

no puede ser un enviado del Señor. El arca de la alianza, los rayos y truenos del Sinaí, la voz de la terrible trompeta, el mismo Moisés piden venganza, y Caifás no consentirá que la pidan en vano.

«Pero el sacrilegio no es el único crímen de Jesús: Jesús ha sublevado la Judea, y ha entrado en Jerusalem como rey triunfante; y el pueblo le ha arrojado palmas, y lo ha llamado hijo de David y ungido del Señor; y las entrañas de Sion y los pórticos de Mória se han estremecido de horror. En nombre del gran David, á quien tantas blasfemias han conmovido en su sepulcro; en nombre del gran Herodes tu padre, no permitas ¡oh rey! no permitas que tantas profanaciones y crímenes queden impunes.»

Dice, y por un momento Filon olvida el ódio que tiene á Caifás, y le sonrie con satisfaccion y hasta con amistad.

El discurso del gran sacerdote calma la agitacion de Herodes; el cual vuelve á tomar el tono de frio sarcasmo que le parece más propio para triunfar del silencio de Jesús, á quien insulta y amenaza.

—«Que se le ponga, dice, una túnica blanca, que entre los romanos es cosa de alta dignidad, y que le lleven otra vez ante Pilato. Es un juez equitativo, y apreciará en lo que vale el mérito del Nazareno: á los *hosannas* y á las palmas que el pueblo le ha prodigado, Pilato añadirá sin duda la púrpura real.»

Dice y se retira. Sus guardias ejecutan la órden que acaba de dar.

Una multitud más numerosa sigue á Jesús; pues se aumenta á cada momento con todos los habitantes de Judea, que llegan á Jerusalem á celebrar la Pascua. Esta compacta muchedumbre, que llena las calles de Jerusalem, llama la atencion de Filon; pero no le desanima. Semejante al piloto



experto, que léjos de espantarse ante una corriente, no ve en ella más que el indicio de los escollos que hay que evitar, el fariseo observa, estudia cada movimiento, cada aclamacion del pueblo, y reconoce que si muchos quieren y veneran aun al profeta, seria fácil corromperlos, ó por lo menos intimidarlos.

Para lograr este objeto, manda á sus celosos fariseos deslizarse entre la multitud, y hacer cundir en ella hábiles y pérfidas calumnias contra Jesús, y predicciones alarmantes si escapara del suplicio. Así es como cada gota que cae de un vaso envenenado da la muerte. Los primeros mil arrastran á otros mil, y muy luego no queda ya en esta multitud inmensa más que una pequeña parte que duda de la realidad de los crímenes de Jesús: los fieles incorruptibles son más raros aun. Tal se ve ondear el espeso bosque que cubre los flancos de una larga cadena de montañas; pero una mano pérfida arrima un hacho encendido; los árboles secos se inflaman primero, luego van ardiendo todos aquellos cuya savia es menos abundante, y el incendio se extiende, cruje y triunfa. Cuando se detiene, el verde manto de las montañas no es ya más que un monton de cenizas. ¡Honor y gloria á los cedros aislados, que han quedado en pié, elevando sus majestuosas copas á las nubes teñidas aun con el siniestro reflejo de las llamas!

A medida que Jesús se acerca á Gabatha, la multitud va demostrando más altamente el ódio que han sabido inspirarle contra su Salvador. En el momento de entrar en el pórtico del Pretorio, esta multitud se encuentra en frente de un criminal, cuyas maldades han espantado á la Judea. Pilato ha hecho sacar de su encierro á este terrible malhechor, á fin de reducir al pueblo á elegir entre él y el Mesías, para ejercer su derecho de gracia; porque en virtud de una

antigua costumbre, se da libertad á un reo cada año en ocasion de la Pascua.

Con esta medida cree el Pretor haber salvado la vida de Jesús, sin enagenarse la buena voluntad de los sacerdotes, y espera confiadamente el resultado de un ardid, cuyo éxito le parece seguro.

Barrabás, como se llama el sanguinario bandido, deja vagar á su alrededor miradas oblícuas y siniestras. Su pecho está oprimido, y su cabeza se inclina á tierra; pero no es el arrepentimiento, sino la rabia, la pasion que así le agita y encorva. Reducido á la impotencia, emplea esta contra los hierros que cargan sus robustos brazos, y los sacude con violencia. A vista del Mesías, sus facciones se contraen más fuertemente, y una espuma blanquecina cubre sus lábios. A pesar de su maldad, ha comprendido que, al lado de aquel hombre, la eleccion del pueblo no puede serle favorable.

Jesús se ve otra vez ante Pilato, que lo ha hecho poner á su derecha, mientras que Barrabás está á su izquierda; y señalando á Jesús con la mano, dirige la palabra á los circunstantes de esta manera:

—«He interrogado á este hombre, á quien acusais del crímen de rebelion contra el César, y no lo encuentro culpable. Herodes tambien reconoce su inocencia, puesto que no lo ha condenado. ¿Por qué he de pronunciar yo su sentencia de muerte? Vuestra fiesta de Pascua os autoriza á libertar á un culpable: haced uso de vuestro derecho en favor del Nazareno... ¡Murmurais! ¡Necesitais su sangre!... El furor sin duda os ciega. ¿Preferís para esta gracia á Barrabás, á este malhechor, cuyo solo nombre estremece, condenando al profeta á quien no ha mucho llamábais el ungido del Señor? Hablad, pues: ¿cuál de los



dos, Jesús ó Barrabás, os parece digno de vuestra gracia?

En este momento, la esclava de Porcia llega á cumplir el mensaje de que su señora la encargara, y dice al Pretor:

—«La noble Porcia me envia á tí, Señor. Vé, me ha dicho, á buscar á Pilato; dile de mi parte, que un sueño me ha revelado que Jesús es el más grande y virtuoso de los hombres, y que los dioses quieren que sea absuelto.»

La esclava se retira, y el pueblo queda sumido en muda sorpresa. El interés que una noble romana toma por Jesús, y la narracion del sueño que se lo ha mostrado como un sér superior á los demás hombres, despierta en la mayor parte de los espíritus el recuerdo de las virtudes y beneficios del profeta. Los enfermos que ha sanado pronuncian su nombre con el acento del agradecimiento, llamándole otra vez el amigo de los hombres y el consolador de los desgraciados; pero los gritos de la muchedumbre ahogan muy luego sus tímidas voces, á la manera que los bramidos de la tempestad apagan la flébil voz de un niño extraviado en medio de un sombrío bosque; á la manera que las dulces y modestas virtudes del sábio son ofuscadas por las brillantes maldades del conquistador.

Filon conoce toda la extension del peligro: su audacia no le abandona, sin embargo. Seguro del poder de su elocuencia, pasea una mirada sombría sobre la multitud, y dice:

—«¡Hijos de Israel! ¡Que no pueda yo dar alas á mi palabra, á fin de que pase con más rapidez de mi pensamiento al vuestro! porque los momentos son preciosos. Por lo demás, bien me conoceis. Cualquiera que ultraje á Moisés y viole su santa ley, ese es mi enemigo, y yo le ódio y le maldigo. Animado por estos sentimientos, vengo á haceros conocer dónde está la salvacion, y dónde la ruina de Israel. Se os presenta á Barrabás y á Jesús, y se os dice:

«Elegid.» Barrabás es un bandido feroz; todos lo sabemos: Pilato tambien lo sabe; y si os le ofrece es para obligaros á absolver al Nazareno, cuyo mérito consiste en fingir inocencia y virtud con una perfeccion infernal, y esta mágia es la más péligrosa de todas. Pero dejemos de ocuparnos de las intenciones de Pilato: somos un pueblo vencido, y el silencio es un deber ante nuestros dominadores. Pero cualquiera que sea nuestra dependencia, ha de permitirse á Filon mostrar á su amado pueblo el peligro que amenaza á la fé de sus padres. No os hablaré de todos los sacrilegios de que Jesús se ha hecho culpable: ya los he expuesto ante el sanhedrin. Entonces la vida del blasfemo estaba pendiente del soplo de mi voz, y mi voz le precipitó en la nada. Vuestros sacerdotes y vuestros ancianos han pronunciado la sentencia de muerte del Nazareno, y el Gólgota se habria tragado ya su sangre, si el pueblo de Israel hubiera conservado el derecho de castigar á los miserables que ofenden á su Dios. Ahora bien: ¿permitireis que el abatimiento en que hemos caido asegure la impunidad de Jesús, de ese terrible enemigo de nuestra gloria, que si no es condenado, hará lo que no se han atrevido á hacer los romanos? Los Césares nos han dejado nuestros templos y altares; Jesús de Nazareth derribará nuestros altares y quemará nuestros templos.»

La agitacion del pueblo le prueba que su discurso ha producido el efecto que deseaba; y para acabar de llevar el terror á todos los ánimos, describe con los más vivos colores á Jerusalem entregada al pillaje, al incendio, al robo, al asesinato, á la peste, al hambre, y reducida á un monton de desiertas ruinas.

Pero como espantado él mismo del cuadro que acaba de trazar, se detiene un instante, y añade con amarga ironía:



—«El Nazareno conoce la desolacion de Jerusalem, y ved si se arrepiente. ¡Tened compasion de él, porque él es todo misericordia! ¿Qué hay que hacer para satisfacerle? ¡Oh! nada: que el templo se hunda en las entrañas del Mória; que la sangre y el polvo sepulten nuestros altares; que la ciudad santa se envuelva en un manto de cenizas; que los hijos de Israel que escapen de la peste, del hambre, de la desesperacion, vengan á ser presa de los feroces guerreros, que para celebrar dignamente su victoria, romperán los cráneos de sus cautivos contra las ruinas de los palacios de Jerusalem; y que estas tristes y últimas víctimas no dejen tras de sí un padre ó un hijo para llorar su muerte, para referir su desgracia. Y cuando Jesús vea todo esto, entonces estará satisfecho. ¡Ea, apresuraos á pronunciar su perdon!»

Los sacerdotes y demás fariseos mezclados en la multitud aplauden con furor, y voces terribles, que piden la muerte de Jesús, resuenan por todas partes.

Abismado en meditacion profunda, desde que recibiera el mensaje de Porcia, el Pretor no ha escuchado el discurso de Filon.

La gritería del pueblo le hace volver en sí, y alzando la cabeza, pregunta por segunda vez:

—«Decid, ¿cuál de los dos, Jesús ó Barrabás, os parece digno de compasion?

—«¡Barrabás!» grita el pueblo contestando á una voz.

Los ángeles colocados al rededor del Mesías se velan el rostro, y Pilato, indignado, exclama con voz tonante:

—»¿Qué quereis que haga con vuestro profeta Jesús de Nazareth?»

La multitud responde:

—«¡Crucifícale!»